

POLVO SOBRE LA BALANZA



Amadeo Petibò

Catedrático de Economía Aplicada

Muchos episodios del reciente debate de investidura ha sido una fotografía real del estado de nuestra sociedad. Incluso me atrevo a decir que ha sido un reflejo de nuestro sistema educativo. Desde la perspectiva de las ideas y de los argumentos, con algunas excepciones momentáneas, ha tenido el peso del polvo sobre la balanza: tras un soplo de aire no queda nada o, en el mejor de los casos, muy poco.

El proceso se ha caracterizado por sus errores estratégicos y por el desconocimiento de los consejos que se deducen de una interpretación correcta del dilema del prisionero. Ha faltado grandeza y, por lo general, lo sublime ha revelado su ausencia. La discordia ha sustituido a la concordia necesaria para construir una sociedad moderna y competitiva. Y, no menos importante: los temas realmente nucleares –los que afectan a la vida cotidiana de las personas– no fueron abordados.

Pero no es el único caso de polvo sobre la

balanza; algo que debería movernos a la reflexión pues necesitamos dosis suplementarias de voluntad colectiva si queremos ocupar el lugar que merecemos en el concierto de los países desarrollados. Me referiré, como ejemplos, a dos casos que he apuntado a lo largo de la semana.

La primera se refiere a mi último artículo sobre el mercado de los taxis. Mi posición era inequívoca: no se puede frenar el progreso y, en consecuencia, la actitud más eficiente consiste en adaptarse a los cambios sobre la base de la modernidad necesaria. Dicho esto, un amable lector me remitió un

escrito que incluía juicios de valor que lo desvirtuaban. Entiendo que su autor no acepte –pese a la tozudez de los hechos– que los taxistas propietarios de sus licencias son unos privilegiados que pueden percibir rentas de monopolio. Pero no puedo entender por qué el autor del escrito afirma que desconozco el mundo del

taxi, o que puedo saber macroeconomía pero no microeconomía. Conozco bien el mundo del taxi, he sido profesor de microeconomía y, ahora, soy un trabajador autónomo que cotiza desde el año 1961 –55 años–. Algo sé.

Sin entrar en más detalles, sólo quiero señalar que llevar las discusiones por estos de-

rrroteros no tiene más mérito que añadir algo de polvo al plato de la balanza. No sirve para nada. También resulta inútil descalificar, sin más, el trabajo de la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia. Con el polvo no basta.

El segundo caso tiene que ver con la gestión de la ciencia en España. El pasado día 2 el profesor Daniel Zajfman, presidente del Instituto Weizmann de Ciencias, pronunció una extraordinaria conferencia en la sede de la Fundación Ramón Areces. El Instituto incluye 250 equipos de investigación experimental y teórica. Como se puede leer en su documentación “el conocimiento que surge de sus laboratorios ayuda a brindar una comprensión básica del mundo de la biología, la química y la física, al tiempo que conduce a avances en medicina, tecnología y medio ambiente. Es la ciencia puesta al servicio de la humanidad en su más alto nivel”.

Los principios que inspiran la gestión de la ciencia en el Instituto son de sentido común y es, justamente, sobre la base de principios elementales que alcanza su grandeza y sus extraordinarios resultados. La primera referencia es el fomento de la curiosidad de los investigadores. La segunda, la organización del proceso científico sobre la base de la libertad de los in-

vestigadores y su trabajo multidisciplinario, cooperativo y coordinado. Un trabajo basado en redes que incluyen expertos de diversas disciplinas que se aprovechan de los resultados de diversas formas de pensar sobre problemas comunes y complementarios.

Cuando se compara este tipo de organización con el que, con demasiada frecuencia, guía la organización de la ciencia en España, fácilmente se llega a la conclusión de que la excesiva burocratización de la ciencia española y la escasa participación del sector privado en el desarrollo de la misma no dejan de ser como el polvo sobre la

balanza. En este caso con una característica relevante: disponemos de magníficos investigadores, pero no tenemos un sistema de gestión e impulso de la ciencia que responda a unos criterios sólidos que ofrezcan resultados potentes. Con demasiada frecuencia la luz de la ciencia es la subvención. Un instrumento que no ga-

rantiza los mejores resultados.

Son tan sólo dos ejemplos que revelan que en nuestra sociedad hay mucho polvo en la balanza. Debemos cambiar el rumbo y que el aire puro limpie el polvo y en los platos de la balanza se depositen elementos sólidos que resistan los huracanes de la incertidumbre.

La discordia ha sustituido a la concordia, y no se han abordado los temas nucleares

No tenemos un sistema de gestión e impulso de la ciencia que ofrezca resultados potentes